

**TEMA 4.**  
**EL DESAFÍO DE LAS REDES SOCIALES**  
**A LA DEMOCRACIA: UN ABORDAJE TEÓRICO**  
**COMPROMETIDO**

**Jesús Sabariego**

UNIVERSIDAD DE SEVILLA



El capital se ha introducido en todas partes, tanto en nuestros placeres y sueños como en nuestro trabajo. Primero nos atrapan con circos mediáticos, luego, si eso falla, mandan a las tropas de asalto. La transmisión de la tv se corta justo antes de que los policías comiencen a disparar.

Mark Fisher, *K-Punk* (2019: 336).

[...] desde la aparición de las redes sociales, internet y el teléfono móvil han desafiado la primacía tanto de los colegios como de otros espacios físicos donde la gente se reúne para interactuar en persona, como bares, parques infantiles, iglesias o grupos vecinales. Si esto afecta al aislamiento social y a la conexión humana y cómo afecta son dos de las preguntas más difíciles de responder de nuestra era.

Eric Klinenberg, *Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria* (2021: 57).

No son las ideologías de los humanos las que determinan su existencia socio-técnica, sino sus existencias socio-técnicas las que determinan sus ideologías.

McEnzie Wark, *El capitalismo ha muerto. El ascenso de la clase vectorialista* (2021: 53).

[...] la sociedad de este hombre enajenado es la caricatura de su comunidad real, de su verdadera vida genérica; que, por tanto, su actividad se le presenta como un tormento, su propia creación como un poder ajeno, su riqueza como pobreza; que el vínculo esencial que le une a los otros hombres se le presenta como un vínculo accesorio, y más bien la separación respecto de los otros hombres como su existencia verdadera; que su vida se le presenta como sacrificio de su vida, la realización de su esencia como desrealización de su vida, su producción como producción de su nada, su poder sobre el objeto como poder del objeto sobre él [...].

Karl Marx, *Cuadernos de París* (1974: 37-8).

*La política es hoy tecnopolítica. La cultura es hoy cibercultura.* Esta provocación epistemológica de la que partimos, muestra que las llamadas redes sociales suponen hoy un vector estratégico para entender la comunicación política contemporánea. Su incidencia sobre los sistemas democráticos es un desafío que requiere a nuestro modo de ver, de una comprensión crítica, ampliada y comprometida (*Engaged approach*). Esta la hemos planteado en este trabajo como investigadores comprometidos con la *praxis* de los que llamamos Recientes Movimientos Sociales Globales, surgidos a lo largo de la última década. Comprometidos con los cruzamientos y desbordes de sus prácticas comunicativas, y por ende políticas, desarrolladas a partir del desarrollo de la web 2.0 y de las redes sociales corporativas en Internet, desde el final de la primera década del siglo XXI, analizando las apropiaciones y mediaciones que los mencionados movimientos globales y sus culturas cívicas han ejercido desde entonces, así como la influencia de estas prácticas sobre la esfera pública, los medios de comunicación, la propia política y la democracia.

Desde el inicio de la segunda década del siglo XXI, crece paulatinamente el impacto de las redes sociales de Internet sobre la política. Las redes sociales han transformado la manera de hacer esta, desde la propia naturaleza y configuración de los Nuevos Movimientos Sociales, que exige una nueva conceptualización teórica de estos, a la luz de la estratégica relevancia de la tecnología en sus prácticas, no sólo comunicativas, sino también en su propia identidad y *praxis* reivindicativa, lo que en este trabajo denominamos Tecnopolítica, que deja obsoleta la caracterización de los Nuevos Movimientos Sociales y las Culturas Cívicas, operada en la década de los ochenta del siglo XX.

La política hoy es la tecnopolítica. Lo que implica que aquella ha sido subsumida por la tecnología, que esta se ha transformado en una esfera autónoma cuya incidencia sobre las actividades humanas y el destino de estas, así como de la propia comprensión de lo humano resulta inédita en la historia de la humanidad.

Una definición popular de tecnopolítica, propuesta por Javier Toret (2013) del equipo académico del actual ministro de Universidades, Manuel Castells, sería la siguiente: «Uso táctico y estratégico de las herramientas digitales para la organización, comunicación y acción colectiva». Cabe señalar que la idea de «multitud conectada» que utiliza Toret en el título de su principal libro sobre el asunto, *Tecnopolíticas y 15M: la potencia de las multitudes conectadas* (2015), fue propuesta originalmente por Pérez de Lama y socios de *hackitectura.net* (S. Moreno y P. DeSoto) en 2003 como título de un evento organizado con Arte y Pensamiento de la Universidad Internacional de Andalucía, por lo que puede decirse que este texto constituye una nueva entrega de una conversación que se extiende ya desde hace más de 15 años. Puede verse también Pérez de Lama (2006, pp. 79-91). Otros grupos que han usado durante los últimos años el término en el sentido que aquí se propone ampliar serían el de *Compolíticas* de la Universidad de Sevilla dirigido por Francisco Sierra y que viene contando con la participación de unos de los editores del presente volumen, Jesús Sabariego. Antoni Gutiérrez-Rubí, consultor político de gran proyección pública, también ha usado el término en este sentido relativamente acotado. Así, el término, con este sentido, se ha usado durante estos últimos años con frecuencia en los medios de comunicación y en ámbitos activistas y de partidos políticos como Podemos. Es conveniente señalar, sin embargo, que el uso del término *tecnopolíticas* en un sentido amplio es compartido por otros grupos activistas y de investigación actuales, más allá de su reciente asociación a las redes sociales. Sirva como ejemplo el título y los contenidos del encuentro celebrado en Belo Horizonte, Brasil, (2015), *Tecnopolíticas do común. Arte, urbanismo y democracia*, coordinado entre otros por la profesora Natacha Rena.

Aunque el grupo de Toret, A. Monterde, A. Calleja *et al* argumenta que su visión es mucho más amplia, y efectivamente ha colaborado durante los últimos cuatro años con el Ayuntamiento de Barcelona (en colaboración con F. Bria, X. Barandiarán, J. Subirats *et al.*) en proyectos de enorme importancia, que suponen un entendimiento mucho más complejo de las relaciones entre tecnologías digitales y política, –de los que se trata más adelante en este texto–, sostendremos aquí

una visión algo más esquemática del asunto de lo que en realidad es, por afán polémico y para favorecer la construcción de nuestra propuesta crítica.

(Pérez de Lama y Laulhé, 2022: 19-20).

Como señalan José Laulhé y José Pérez de Lama, profesores de la Escuela Técnica de Arquitectura de la Universidad de Sevilla y fundador el segundo del colectivo *hackitectura.net* y de *Indymedia Estrecho*, así como del Laboratorio de fabricación digital de la misma (*FabLab*), en su capítulo de nuestro trabajo *Algoritarismos* (Sabariego, Jobim y Salles, 2022), con la eclosión de los movimientos sociales globales, a partir de la segunda década del siglo XXI, surge la necesidad de una concepción ampliada y distribuida, crítica y trans(in)disciplinar, diríamos, de Tecnopolítica entre algunos grupos de investigadores, a tenor de las limitadas concepciones previas<sup>1</sup>, poco operativas para dar cuenta de las mediaciones y apropiaciones por parte de dichos movimientos de las tecnologías de información y la comunicación, especialmente con la aparición, el desarrollo y la expansión exponencial de la web 2.0 y las llamadas redes sociales de Internet (Rodotà, 1997; Kellner, 2001; Hecht, 2011; Toret *et al.*, 2015; Treré, 2016; Gerbaudo, 2017; Kurban, Peña López y Haberer, 2017 y Rovira, 2019, entre otros).

En esta comprensión ampliada, distribuida y comprometida, son claves en este periodo, los trabajos del grupo de investigación en Comunicación Política y Cambio Social (Compolíticas), de la Universidad de Sevilla y del consorcio internacional Tecnopolíticas que éste auspicia (Sierra y Gravante, 2017; Sierra, 2022), así como el proyecto de investigación del Plan Nacional de Investigación del gobierno de España CIBERMOV (<https://www.cibermov.net>) y el proyecto europeo Marie Skłodowska Curie de investigación *Technopolitics*, que tiene por uno de sus resultados este trabajo.

En este enfoque de la Tecnopolítica:

[...] la redefinición de la lucha por el código se antoja por lo mismo un problema prioritario, de orden teórico y práctico en la disyuntiva que vive hoy la

---

1. Cf. Entradas en Wikipedia y Wiktionary del término, tanto en inglés como en español y las búsquedas relacionadas que figuran en estas, tanto para Tecnopolítica como para Technopolitics.

civilización capitalista. Por ejemplo, “debido a la creciente demanda de transparencia en las sociedades avanzadas, el paradigma de los datos abiertos puede llegar a convertirse en un standard internacional, tanto en el ámbito público como privado, por lo que organizaciones de todo tipo se enfrentarían a la necesidad de crear plataformas de comunicación abiertas que permitan a los clientes tener pleno y fácil acceso a todos los datos relevantes como ciudadanos, clientes y/o usuarios” (Guilló/Mancebo, 2017: 429). El activismo digital plantea, en primero lugar, un reto sobre el régimen de transparencia. Es más, los movimientos sociales deben ser considerados como actores de una mediación hipervisual de redefinición de la economía política del archivo, que modifica los procesos de acción y organización de los modelos dominantes de gobierno y control social tradicionales.

(Sierra, 2022).

Compromiso, participación (To Engage, engagement), se han transformado en las consignas y palabras clave en los ecosistemas mediáticos comandados por la comunicación corporativa en Internet, pero es necesario reivindicarlas también en la investigación sobre la *praxis* tecnopolítica de los Recientes Movimientos Sociales Globales de la última década, apostando por métodos comprometidos y una investigación militante.

Involucrar, fidelizar, compromiso, participación, son entendidos en la Internet corporativa por quienes comandan las empresas pioneras en el desarrollo de las redes sociales y los servicios de mensajería privada, en una lógica acumulativa lineal de suma cero, que genera cada vez mayor polarización política, atrapando la opinión en ensordecedoras cámaras de eco, que generan al exterior incomunicadas y continuas espirales de silencio, enfrentando a millones de ciudadanos en todo el mundo, generando flujos globales de opinión constante, caracterizados por el odio y la manipulación de la información y la comunicación, que están erosionando los sistemas democráticos.

Es decir, aquello a lo que llamamos e-moción (Sabariago, 2022a), torna los afectos, la dimensión emocional, un elemento fundamental para entender las mudanzas de la disrupción digital y el giro e-mocional de la transformación tecnopolítica.<sup>2</sup>

---

2. Para profundizar en el llamado giro emocional, cf. (Ahmed, 2019). En cuanto a lo que denominamos giro e-mocional tecnopolítico, vid. (Winant, 2015 y Moreno, 2022).

Para comprender la inserción de la tecnopolítica contemporánea en las estructuras de poder y su redefinición de estas, así como las relaciones sociales que genera y sanciona, es preciso contemplar la dimensión afectiva y los compromisos (*engagement*) que genera. Las e-mociones que internet desencadena. Estudiar las infraestructuras sociales desde los afectos que generan y que las constituyen, más aún en el contexto de la reorganización neoliberal y el desarrollo exponencial de su subjetividad en torno a ellas.

La suerte de afectos que Internet, como la infraestructura social (Klinenberg, 2021) más poderosa de nuestro tiempo, convoca, desplaza y contribuye a reproducir, situándolos como un vector fundamental de una economía geopolítica e-mocional neoliberal, en estado de excepción permanente y la recomposición que, desde esta se opera, a través de la tecnopolítica, nos obliga a entenderla no apenas como una herramienta disruptiva de los movimientos sociales globales que de ella advienen, a partir de la pasada década, sino además, como el elemento vectorial de la máquina (de guerra) neoliberal contemporánea, sin el que es inútil intentar comprender los procesos de desterritorialización y reterritorialización de las cadenas de valor global, que socavan los sistemas democráticos actualmente, acelerados por la pandemia y la guerra en Ucrania, poniendo en riesgo la imaginación epistemológica de las resistencias.

No podemos democratizar la autoridad que se ejerce en el nuevo espacio digital si no sabemos qué tipo de autoridad es. Tenemos que preguntarnos si estamos en un ágora donde la dominación habría sido sustituida por la neutralidad, un mercado que satisface preferencias o una burocracia que administra con eficacia y justicia. ¿Quién es el soberano, el algoritmo, el consumidor o el Estado? [...] Los algoritmos tienen una dimensión política en la medida en que intervienen en el orden social y estructuran nuestras decisiones. [...] Que haya mucha política en los algoritmos quiere decir que están ejerciendo un tipo de autoridad que sólo corresponde a la política y configurando la realidad social como solo la política está autorizada a hacer. Que haya poca política en ellos quiere decir que deben ser politizados, es decir, sometidos a los procesos de autorización política expresa, que en una democracia tienen unos espacios y procedimientos determinados.

(Innerarity, 2022: 11).



Para Daniel Innerarity (2022), la gobernanza algorítmica, lo que en otro lugar llamamos *Algoritarismos* (Sabariego, Jobim, Salles, 2022) nos desprovee de ciudadanía, al tratarnos como provisosores de preferencias, tendencias e intereses a partir de nuestras interacciones digitales.

Los algoritmos no están modelados por estas preferencias, sino que las sesgan. Bien para atender a un modelo previo, con un diseño y finalidad que escapan a nuestro conocimiento y sobre el que no poseemos capacidad de incidencia, potencia alguna. De ahí nuestra crítica a la supuesta potencia de las multitudes conectadas (Toret *et al.*, 2013). Bien para extrapolar una tendencia general de la que inferir una predicción, una posibilidad, cercenando otras posibilidades y erradicando la diversidad y heterogeneidad, la falibilidad, que caracterizan lo humano y nuestra propia capacidad de aprendizaje.

Esta imaginación democrática, su potencia conectada desbordada globalmente a comienzos de la pasada década, viene sufriendo, especialmente a partir de los últimos años, un proceso de verticalización meritocrática de la horizontalidad de su *praxis*, como parte de los procesos de captura y subsunción de la innovación social radical de sus propuestas en aras de las exigencias del realismo capitalista (Fisher, 2018) y su mercantilización de las alternativas, cuando no de la negación de la posibilidad de estas.

A mi entender, el realismo capitalista no puede limitarse al arte o al modo casi propagandístico en el que funciona la publicidad. Es algo más parecido a una atmósfera general que condiciona no solo la producción de cultura, sino también la regulación del trabajo y la educación, y que actúa como una barrera invisible que impide el pensamiento y la acción genuinos.

Si el realismo capitalista es así de consistente y si las formas actuales de resistencia se muestran tan impotentes y desesperanzadas, ¿de dónde puede venir un cuestionamiento serio? Una crítica moral del capitalismo que ponga el énfasis en el sufrimiento que acarrea únicamente reforzaría el dominio del realismo capitalista.

No hace falta decir que lo que se considera “realista” en una cierta coyuntura en el campo social es solo lo que se define a través de una serie de determinaciones políticas. Ninguna posición ideológica puede ser realmente exitosa si no se la naturaliza, y no puede naturalizársela si se la considera un valor más que un hecho. Por eso es que el neoliberalismo buscó erradicar la categoría de valor en un sentido ético. A lo largo de los últimos treinta años, el realismo capitalista ha

instalado con éxito una ontología de negocios” en la que simplemente es obvio que todo en la sociedad debe administrarse como una empresa, el cuidado de la salud y la educación inclusive. Tal y como han afirmado muchísimos teóricos radicales, desde Brecht hasta Foucault y Badiou, la política emancipatoria nos pide que destruyamos la apariencia de todo orden natural”, que revelemos que lo que se presenta como necesario e inevitable no es mas que mera contingencia y, al mismo tiempo, que lo que se presenta como imposible se revele accesible. Es bueno recordar que lo que hoy consideramos realista” alguna vez fue imposible”: las privatizaciones que tuvieron lugar desde la década de 1980 hubieran sido impensables apenas una década atrás; el paisaje político y económico actual, con sus sindicatos alicaídos y sus infraestructuras y ferrocarriles desnacionalizados, hubiera parecido inimaginable en 1975. Inversamente, lo que parece realizable hoy es considerado apenas una posibilidad irreal.

(Fisher, 2018: 41-2).

¿Qué nos revelan entonces los actuales paisajes tecnopolíticos? ¿Cuáles son las razones, y especialmente, qué e-mociones y cómo sustentan al capitalismo cognitivo digital de nuevo cuño?

Todo ello supone un desafío. La máquina tecnopolítica (de guerra) nos interpela, obligándonos a pensar de un modo diferente, a cuestionar ese régimen sensitivo de posverdad, que naturaliza la imposibilidad de las resistencias, desde la brutal desigualdad de su materialidad a la violencia que esta ejerce sobre los cuerpos y la vida, cebándose sobre las emociones, sobre la desterritorialización corporal de estas, de los afectos, del deseo y su reterritorialización virtual, capturando su potencia transformadora para idear futuros posibles, transformándolos en e-mociones que, como proyección de futuro, como proyecto de lo posible por venir, apenas permiten una actualización de estado en un perfil social de Internet y la fugaz descarga de dopamina generada por los *likes* en un bucle constante.

Ahora, en la era digital, este olvido de la instancia subjetiva, vivencial y reconstruccionista de la mediación viene dejando en evidencia la necesidad de un abordaje otro que, pensando críticamente, en lo concreto, las instancias de recepción consumo y producción política de lo social mediatizado, trate de vislumbrar, en un sentido cultural más amplio, las mutaciones estructurales que las industrias

de la comunicación impulsan en los modos de organización y las formas de acción colectiva contemporáneas que, entre otros procesos, facilita la apertura de nuevos procesos de participación y desarrollo comunitario.

En el nuevo modelo de mediación social, el conocimiento de las transformaciones en curso que introduce la cultura digital exige una práctica teórica bien distinta. No solo están en crisis las formas de gubernamentalidad y las lógicas de concepción del desarrollo. Las redes y el lenguaje común de los vínculos definen nuevos cronotopos y puntos de anclaje de la experiencia que deben ser repensados desde una cultura de investigación dialógica, una concepción inmanentista del acontecimiento y la ruptura con la producción mediática estandarizada en función, desde luego, de una lectura creativa e indiciaria del pensar y definir el ser digital.

Más aún, en el nuevo horizonte cognitivo, la política de la ciberdemocracia debe plantearse como una Economía Política del Archivo, como una crítica metacognitiva de la captura de la experiencia vivencial de la cibercultura, comenzando con los indicadores de inclusión digital y concluyendo con los modos de compartir y socializar el saber sobre lo social en lo que Boaventura Sousa de Santos denomina Epistemología del Sur o nuevo pensamiento poscolonial.

La mirada sin embargo que ha prevalecido al abordar este tipo de procesos ha sido la representacional, la del contenido o ideología de la mediación, y en menor medida la lógica o estructura de la mediación, pese a su importancia. De ahí el fracaso explicable de numerosas experiencias y proyectos de comunicación participativa. Y es que, cuando nos referimos a los medios de comunicación alternativos, y las prácticas sociales emancipatorias que se dan en la construcción de esos medios, la dimensión creativa y autogestionaria, normalmente, han sido relegadas. Cuando justamente lo interesante de movimientos como el 15M es la construcción de alternativas como la organización autónoma de la mediación y la práctica emancipatoria como la producción mancomunada de formas de vida y representación diferente.

(Sierra, 2021: 24-5).

En este contexto analítico, reforzamos la atención a través de la remezcla y recombinación de diversos métodos cualitativos y cuantitativos, inspirados por

la llamada *Engaged theory and research* aplicada, en un principio, al análisis de las prácticas comunicativas emancipadoras de los movimientos sociales (Milan, 2012) y posteriormente a su captura para otra finalidad tecnopolítica reciente (Sabariego, Jobim y Salles, 2022).

En definitiva, al papel desempeñado por las redes sociales virtuales —como territorios para un trans(in)disciplinado trabajo de campo etnográfico digital—, que se constituyeron en plataformas que permitían la emergencia de nuevas formas de activismo, contribuyendo no solo al fomento e intercambio de información, sino, y sobre todo, a la movilización colectiva en torno de la lucha contra la austeridad y la generación de nuevos sujetos políticos en cuya definición, la comunicación y la tecnología suponen un vector fundamental que, como veremos, ha transformado profundamente la política.

A conventional line of interpretation of politics in the age of networks considers the Internet and the whole array of digital communication media connected to it important but far revolutionary. They are tools that, in the worse case scenario, enhance governments' power of control over their subjects and, at best, leave the status quo relatively unchanged, by going through a process of normalisation. At as much closer inspection, [...] both in countries obeying the rules of democracy and in countries [...] with strongest authoritarian tendencies, digital communication networks are reshaping considerably the relationship between citizens, politics and power.<sup>3</sup>

(Navarria, 2019).

Para Giovanni Navarria (2019), este vínculo definiría una nueva relación entre la ciudadanía, la política y el poder caracterizada por lo que él denomina una debilidad compartida (*A shared weakness*) (Navarria, 2019: 265-280), desafiando las concepciones dominantes en las últimas sobre esta relación, a partir del surgimiento de redes y ecosistemas digitales cuyos actores se reconocen a partir de su falta de poder, de su limitada o nula capacidad de agencia, podríamos añadir y la comprensión del poder que puede advenir de su conexión a través de su capacidad de apropiación y medición tecnológica.

---

3. Nota de los autores: Hemos privilegiado las citas originales donde ha sido posible.

Es a partir del recurso a esta mediación tecnológica, basada en el desarrollo de redes sociales digitales temáticas o, lato sensu, de redes de indignación y esperanza (Castells, 2015), que muchos de estos movimientos se tornaron realidad, pero los nuevos medios digitales, las redes sociales de Internet, también han configurado estos aquí llamados Recientes Movimientos Sociales Globales y las nuevas formas de activismo en red que configuran nuevas Culturas Cívicas, ciberculturas defendemos aquí, como un momento de innovación social y por ende política, fuertemente ligado a las tecnologías digitales de la comunicación, inédito en la historia de la humanidad (Brescia, 2020):

[...] the movements that arose in social innovation moments that I will look as thorough this week harnessed the newest mens of communication at their disposal to further their social change goals. In fact, new advances in communications technologies do not just appear to spur social movements. In some ways, they also tend to help shape them [...] successful social movements in these social innovation moments have often created networks that brought people together from different walks of life and backgrounds through the use of punitive, inclusive messages that tapped into the shared interests of the member of the network.

(Brescia, 2020: 9).

De estas redes y ecosistemas digitales emerge, así, la incitación a la movilización, originando una mayor globalización de la interacción social en torno de reivindicaciones específicas (Engagement en esta propuesta teórica), permitiendo la circulación casi simultánea de cualquier hecho que merezca la atención de su emisor, configurando, en gran medida a los movimientos y dinámicas analizadas, en un nuevo actor y una nueva configuración de los movimientos sociales, como elemento innovador y principal aportación del proyecto, para la propia teoría de los movimientos sociales.

Por todo lo anterior, es de suma importancia evaluar hasta qué punto estas prácticas inciden y contribuyen en la mejora de la democracia o, antes al contrario, su uso masivo y exponencial, puede socavar aquella, arrojando luz sobre la propia *praxis* comunicativa tecnopolítica de los Recientes Movimientos Sociales Globales, sus Nuevas Ciberculturas Cívicas y sus impactos contemporáneos. A

raíz, diríamos, de la vectorial y estratégica importancia de la tecnopolítica, como condición fundacional de sus existencias.

Este libro es, por tanto, resultado de un proyecto de investigación (Technopolitics - The Challenge of Digital Media to Democracy in Europe: an engaged approach)<sup>4</sup>, financiado con fondos europeos del programa Marie Skłodowska Curie Actions, que propone una investigación innovadora sobre las relaciones entre el compromiso (engagement)<sup>5</sup>, de las ciberculturas cívicas que han transformado los movimientos sociales globales desde 2011, la participación política y las redes sociales digitales y su influencia e impactos en la elaboración de políticas públicas, orientadas a lo que denominamos una democracia basada en lo común (A Common-based democracy)<sup>6</sup>, frente a una democracia mercantilizada (A Commodity-based democracy) (Han, 2022).

Through the analysis of their involvement with radical Internet activists critical of mainstream academia, Hintz and Milan reflect on the question, what is equitable collaboration (“co-labor”)? The authors explore how equitable collaboration works on the ground, and suggest possible ways to bridge the gulf created by two radically different organizational cultures and routines—academic individualism on the one hand, and activist collectivism on the other.

These accounts of engaged research allow me to identify three tensions that may emerge in designing, conducting, and assessing “research that matters.”

First, I see a distinction between policy-oriented and action-oriented research, the first being concerned with changing policy directly, and the second aiming to empower people to push for change. The distinction may sound hopelessly subtle, but I believe it is one that matters. In policy-oriented research, we may want to speak directly to policy makers, using the strength of our social role and status as academics. In action-oriented research, social groups are the main

---

4. Vid. <<https://cordis.europa.eu/project/id/897796/es>>, último acceso en 01/02/2022.

5. Como hemos visto, dependiendo del contexto de su enunciación teórica, también podría ser traducido como participación, así podría colegirse de algunos planteamientos teóricos sobre el tema, e. g. Milan, 2010; Balasubramiam, 2017 y Kelty, 2019, entre otros.

6. Iniciativas como WikiCidade o Storify, son paradigmáticas de los cruzamientos y el surgimiento de narrativas transmediadas encarnadas en una tecnopolítica de los recientes movimientos sociales globales —en Brasil en este caso—, que camina entre la comunicación, las redes y plataformas digitales, la reivindicación del código abierto, el archivo y la memoria en la definición de una nueva cultura cívica expresada, también digitalmente. Cf. (Prado, 2015; Sabariego, 2022a; Sabariego, Jobim y Salles, 2022 y Jobim, Koppe, Sierra y Sabariego, 2022).

recipients of research, which may address sociological or anthropological questions, or may be more explicitly policy-oriented (alongside having implications for theory development, which is what is expected from us). But the end users are advocates, citizens, and social movements. Both approaches are equally worthwhile –this is not intended as a value judgment. In policy-oriented research, academics can act, as Lewis suggests, as “Trojan horses,” to advance social demands in the right circles. But I believe that what ultimately empowers social groups is to be given the tools to speak for and by themselves– in this perspective, action-oriented research embodies the potential for a greater (long-term) impact on social groups.

Second, I see a tension between “research about” and “research with.” Whereas most current social science is research about (social groups, processes, events), engaged researchers aim to make research with (i.e., in collaboration with) these subjects. Research about is usually considered to be the only objective, and therefore the only scientifically-sound, research, on the grounds that the observer is sufficiently detached from the object of study. So, is research with at all possible? I think so. It requires, however, a commitment from both sides to collaborate and come to terms with the reciprocal differences, a long-term time frame, recurrent cycles of reflection, and constant adjustments along the way.

Third, is research with desirable? I detect here a potential contradiction between engagement and academic rigorousness. I believe that engagement on the ground does not come at the expense of evidence-based scientific research. The types of questions which are asked, and the way we ask them, as well as the methods we select to approach social actors may partially differ, but the results can be equally systematic. It is at this stage that reflectivity comes in—we should be ready to regularly question our identities and roles as researchers immersed in a complex and challenging social world, torn between science and action.

(Milan, 2010).

Por tanto, y teniendo en cuenta las tensiones esbozadas por Milan (2010), en el proyecto de investigación del que resulta este volumen, nuestro método trans(in)disciplinar (*Engaged approach*), se despliega a partir de una investigación internacional realizada en los dos últimos años, focalizada en el análisis de la

influencia ejercida por las tecnologías digitales sobre la ciudadanía y la política, desarrollando un nuevo modelo teórico a partir del análisis de algunas experiencias tecnopolíticas distribuidas acontecidas en el Sur en la última década, con el propósito de orientar las políticas públicas que intentan frenar el avance de la desdemocratización, inducida por el impacto de las redes sociales y los servicios de mensajería privada de Internet sobre los sistemas democráticos contemporáneos.